

se me figuraba á mí. Cuando les he oído á Vds. contar esas cosas, estaba yo diciendo: «ese general tan valiente por fuerza estuvo en España: ¡sobre que yo no sé qué tiene aquella tierra!...» (1)

Temiendo á Tirabeque si le dejaba proseguir, me despedí del atento oficial dándole las gracias por su amabilidad, y salimos de la ciudadela, no sin volver la vista muchas veces, como quien no se ha saciado de ver aquellos al parecer inexpugnables baluartes.

La catedral y sus adherentés.

Una obra de filigrana, alta, atrevida, esbelta y ligera, habia arrebatado nuestras miradas desde léjos. Y al modo que cuando se divisa el lujoso y elegante prendido de una jóven que pasea orgullosa, dominando con su enhiesta cabeza á las de la muchedumbre que la circunda, corren presurosos los jóvenes aguijados del deseo de averiguar si la hermosura del rostro corresponde al soberbia continente, así corrimos nosotros avivados de la curiosidad de contemplar de cerca á la que de tal modo se ostentaba reina de la poblacion.

Pero si de léjos nos habia admirado su esbelteza, de cerca puedo decir que nos encantó su hermosura. Esta elegante y bella dama era la torre de la catedral de Ambéres; torre que á semejanza de las verdaderas bellezas, pierde siempre que la retrata el pincel. El arquitecto Amelio sobrepujó en una obra de piedras á cuanto un diestro dibujante pudiera hacer con el lápiz. Su cabeza es filarmónica en sumo grado, pues tiene un *carillon* nada ménos que de 99 campanas, una de las cuales necesita la cooperacion de 16 hombres para tañirla, y cuyo padrino de bautismo fué el emperador Carlos V. Diez y seis años hacia que se estaba restaurando la torre, y no se habia concluido la obra: esto dará bastante idea del ornato y altura de aquella incomparable torre. Tirabeque la quiso examinar con tanta atencion, que á fuerza de conservar una posicion supina, se le envaró y entumeció el cuello en tales términos que no podia ya doblar la cabeza, y no la bajó sin experimen-

(1) El general Chassé era vulgarmente conocido por el *general Bayoneta*, en razon á lo aficionado y á lo inteligente y temible que era en las cargas de esta arma. Se halló en las batallas de Talavera, de Ocaña, y en casi todas las mas reñidas, distinguiéndose siempre por su valor y serenidad.

tar fuertes y agudos dolores en el cerebello y en los cartilagos del gargüero y de la traquiarteria.

— ¿Quiéren Vds. ver, nos preguntó *Mr. Henry*, los milagros que obra el deseo de casarse? Pues lean Vds. al pié de la torre el epitafio de *Quintin Metsys*, y el verso latino que le sigue:

«*Connubia lis amor de Mulcibre fecit Apellem.*»

— ¿Y qué quiere decir eso, mi amo? me preguntó Tirabeque, que yo el latin de esta tierra no lo entiendo muy bien. — Quiere decir, que el deseo de casarse hizo á este tal *Quintin Metsys* de simple herrero que era, un Apéles; esto es, un insigne pintor. — En efecto, añadió el guia; *Quintin Metsys* amaba una hermosa jóven; mas cuando la pidió en matrimonio, su padre le puso por condicion que para alcanzar la mano de su hija habia de reemplazar las tenazas con los pinceles. *Quintin* aceptó la condicion, abandonó el yunque, tomó la paleta, y habiéndose hecho un pintor sobresaliente, llegó á obtener la mano de su amada. En la plaza veremos despues un pozo cuyos ornamentos de hierro, trabajados á martillo y sin lima, fueron obra de *Quintin Metsys*; y dentro de la catedral veremos sus obras como pintor. — Hizo grandemente el señor *Quintin*, replicó Tirabeque; conoció que miéntras fuera herrero todo lo que hiciera por casarse con la muchacha habia de ser *machacar en hierro frio*, y tomó otro rumbo.

Entrámos pues en aquel suntuoso y magnífico templo: nueve naves laterales de 230 arcos abovedados sostenidos por 125 columnas sirven como de cortejo á la anchurosa y vastísima nave principal. — En toda esta longitud, nos dijo *Mr. Henry*, habia 32 altares de mármol con ricos adornos y preciosas pinturas: contábanse 100 candelabros y 4 ante-altares de plata maciza; todo desapareció en tiempo de la revolucion por obra y gracia de *Robespierre*. ¿Veis el altar mayor, que es de mármol? Pues podéis comprarle si gustáis, porque está de venta. — ¿Cómo de venta! ¿Pues tan pobre está la catedral que necesita enajenar á precio de dinero sus altares? — Al contrario; se trata de sustituirle otro de mas valor. Reparad que es del gusto moderno, y no hace buen juego con los demas que son del estilo antiguo.

«Pero nada de esto reparéis: venid conmigo, y os enseñaré el *non plus ultra* de los cuadros de pintura de la escuela flamenca, la obra maestra del mas célebres de los artistas del país, el *Descendimiento de RUBENS*.»

Dirigióse *Mr. Henry* hácia la sacristía, y á los dos minutos vol-

vió acompañado de un capellan, que armado de una larguísima vara con punta de horquilla, dió principio á abrir los postigos ó portezuelas del rey de los cuadros. No diré que el primer golpe de vista fuera el que me causara mas admiracion, no : la admiracion iba creciendo gradualmente segun que iba contemplando ; y lo que me admiraba mas era que hubiese pintores en el mundo que hiciesen viajes á Italia, y no los hicieran á Flándes. — ¿ Queréis saber, me dijo, el capellan, la historia de este cuadro ? — Con mucho gusto.

Pues bien : « RUBENS estaba para volver segunda vez á Italia, cuando á instancias de los archiduques Alberto é Isabel, determinó fijarse en Ambéres, y comprar aquí una casa. Hecha la adquisicion, quiso hacerse un obrador á su gusto ; pero habiéndose intrusado en terreno que pertenecia á la Sociedad del Juramento de los Arcabuceros, estos se quejaron á Rubens de la usurpacion, Rubens echó nomarala á los arcabuceros, los arcabuceros le pusieron pleito, y viendo que este llevaba trazas de encrespase, el burgomaestre de la ciudad, que era al mismo tiempo jefe del Juramento y amigo de Rubens, discurrió un medio de transaccion, proponiendo que Rubens por via de indemnizacion del terreno usurpado hiciese á los arcabuceros un buen cuadro que representara algun pasaje de la vida de *S. Cristóbal*, patron de los arcabuceros desde la invencion de la pólvora, ne sé por qué. Conviniéronse todos en ello. Pero Rubens no hallando en la historia de *S. Cristóbal* un pasaje acomodado á sus ideas del momento, tomó ocasion de la etimologia del santo, *Chistophoros* en griego, que quiere decir, *el que lleva á Cristo*, y dijo para sí : « Pues hagámos un *descendimiento*, y pongámos média docena de hombrones cargando con el Cristo, que serán otros tantos *portadores de Cristo*, y de consiguiente otros tantos *Cristovalones*, y en lugar de un *San Cristóbal* daré seis á los arcabuceros, y no tendrán por qué quejarse. »

« Hizolo así. Pero los arcabuceros que vieron el cuadro, y que así entendian de etimologías griegas como de hacerse turcos, echaron de ménos su *San Cristóbal*, y pusieron el grito en el cielo y nuevo pleito á Rubens. Las contestaciones volvieron á agriarse, porque el pintor tenia mal genio y los arcabuceros no sufrían chanzas pesadas ; pero el burgomaestre, siempre conciliador, pudo reducir á Rubens á que pintara un verdadero *San Cristóbal*, aunque fuese en una de las portezuelas por la parte exterior, pues por la interior estaban todas pintadas y no cabia ya el

santo por mucho que su estatura rebajar quisiera. Así lo ejecutó, dándose los arcabuceros por contentos, y es ese que veis ahí. » — ¿ Pero no notáis la figura de un *buho* en el cuadro ? — Así es la verdad. — Pues ese *buho* le introdujo el pintor por burleta y con alusion á la ignorancia de los arcabuceros, de lo cual ellos no se apercibieron.

— Aun os contaré (continuó el capellan) otra anécdota no ménos curiosa acerca de este cuadro. « Cuando Rubens estaba haciendo esta obra maestra, sucedió que un dia en que habia salido de caza, sus discípulos consiguieron que el doméstico les permitiera entrar en el obrador de su maestro ; y habiéndose puesto á retozar, uno de ellos empujado por los otros fué á caer sobre el cuadro y borró el brazo de la Magdalena y la mejilla y la barba de la Virgen, recientes todavía del pincel de Rubens. La consternacion fué grande, y cada uno trató de escapar ; pero el doméstico, conociendo que la responsabilidad de la travesura habria de recaer sobre él, — « alto aquí, señores, les dijo : de aquí nadie sale hasta que á la Magdalena se le restituya su brazo, y hasta que el rostro de la Virgen recobre su estado natural. » Los discípulos, viéndose prisioneros de guerra, capitularon como corderos. Se encomendó la obra al que entre ellos pasaba por el mas capaz, y el pobre muchacho, todo trémulo, tomó la paleta y los pinceles de su maestro y alentándole los compañeros, trató de reparar el daño que habia causado, y lo hizo con tal perfeccion, que el mismo Rubens no se apercibió de la novedad ; ántes bien al dia siguiente, al continuar su obra, se puso á contemplar y dijo : « ¡ he aquí un rostro y un brazo que me salieron ayer muy bien ! » El jóven á quien tocaba una parte de la satisfaccion que Rubens se atribuía á si mismo, era *Van Dyck*. » — ¡ Digno discípulo, dije yo, de tan buen maestro ! — Pues algo de lo que él hizo, repuso Tirabeque, tambien yo lo hubiera hecho. — Qué, ¿ te hubieras atrevido tú á restaurar la cara de la Virgen ? — Á restaurarla no señor, pero á borrarla sí.

Nos llevó en seguida el capellan al otro lado de la nave, donde está *la Elevacion de la Cruz*, otro cuadro de RUBENS, que hace juego con el *Descendimiento*. Solo RUBENS, el caprichoso y poderoso RUBENS, pudo atreverse á concebir, cuanto mas á ejecutar una obra de aquella naturaleza, y solo él acaso pudo hacer aquella cabeza de Hombres-Dios, aquel rostro del Cristo en que se lee la expresion del dolor mas majestuoso y de la resignacion mas sublime

que la imaginacion mas embebida en las ideas de la divinidad humana se pudiera crear.

Despues de estos dos cuadros es difícil hablar de tantas otras preciosidades artisticas como la catedral de Ambéres encierra.

Santiago y Rubens.

Muchos grandiosos y lujosos templos hay en Ambéres; los mármoles se disputan la prodigalidad á las pinturas de mérito: cada iglesia parece una canteria de preciosos mármoles y un museo de cuadros escogidos. Pero entre todas ellas llama principalmente la atencion del viajero la de *Santiago*, tanto por ser todo su primer cuerpo y todos sus altares de mármol blanco y negro, como por hallarse en ella la capilla y sepulcro de Rubens; de Rubens que ha llegado como á destronar de la capilla á Dios y á la Virgen á quienes está consagrada. Porque todo, hasta el cuadro místico que constituye el altar y descansa sobre su mesa, todo hace allí acordarse del pintor olvidando la Divinidad.

El cuadro representa *la Santa Familia*; pero *la Santa Familia es la familia del pintor*. Porque Rubens, bajo la imágen de Santa Marta y Santa Magdalena, hizo los retratos de sus dos mujeres; el San Jerónimo es su padre, el Ángel su hijo, el anciano que representa el Tiempo su abuelo, y él se retrató á sí mismo bajo la figura de San Jorge. Así es que en aquella capilla nadie hace cuenta de los santos; el curioso se acuerda de ellos solo por concomitancia; la imaginacion y los ojos se fijan en la familia del pintor. Hasta una hermosa Virgen de mármol que hay sobre un altar, y que en otro sitio arrebataria la atencion, como obra del famoso *Duquesnoy*, allí hace un papel desairado. Hasta un Salvador de *Van Dyck*, que por ser de *Van Dyck* mereceria bien ser apreciado, allí es mirado con desden, ó acaso no se le dirige una mirada. Allí no se ve mas que á Rubens y su familia.

Una larga inscripcion se lee sobre la lápida de su sepulcro.

Rubens y Van Dyck.

Indulgencia y perdon, lector amado, si aun me detengo en los dos célebres pintores. Estoy en la patria de las bellas artes, y el entusiasmo de las bellas artes me arrebata. ¡Y qué! ¿cumpliria yo

con el deber de viajero si no consagrara algunas páginas á la gloria de los inmortales artistas que ha producido Ambéres? ¿No me acusariais desde vuestras tumbas, vosotros, matemático Ortelio, escultor Duquesnoy, historiador Grammaye, pintores Jordan y Grayer, David Theniers y Tomas Rombousts, y sobre todo vosotros, príncipes de la pintura de vuestro siglo, inimitables *Rubens* y *Van Dyck*?

Ambéres es en Flándes lo que Sevilla es en España, la cuna de los pintores y el emporio de las pinturas. Y así como en la ciudad del Guadalquivir hasta en la mas miserable casa se encuentra un Murillo ó un Cano, un Velázquez ó un Pacheco, un Moya ó un Castillo, así en la ciudad del Escalda no se da un paso sin toparse con un Rubens ó un Crayer, con un Jordan ó un Van Dyck, con un Theniers ó un Van Oort. Con la diferencia que la Flándes ha sido regida por gobiernos protectores de las artes, que han sabido erigir en Ambéres un museo digno de los genios que ha producido, y la Bética ha vivido bajo un gobierno que ha tenido en abandono las glorias artisticas de Sevilla, hasta ahora que sus mismos naturales por su propio impulso han levantado un museo donde depositar la inmensa riqueza que posee. Con la diferencia que los gobiernos españoles han estado y están viendo pacientemente el museo del Louvre vestido orgulosamente y engalanado con las obras de Velázquez, de Cano y de Murillo, y el gobierno belga ha hecho restituir mas que de paso á los franceses las obras de Rubens, de Van Dyck y de Theniers con que tambien tenian engalanado el Louvre. Con la diferencia que en Sevilla los nobles y el cabildo no escrupulizan, á trueque de empuñar algunos cuantos miles de pesos fuertes, en enajenar los tesoros de las artes al baron Taylor para que vaya á enriquecer con ellos las galerías de Paris, y el cabildo y los nobles de Ambéres rechazan con indignacion las proposiciones que les hacen los franceses de cambiar sus lienzos por cofres atestados de oro, y los nobles amberinos ofrecen á la admiracion del extranjero multitud de galerías particulares que son otros tantos ricos é inapreciables museos. Sevilla pudiera ser mas que Ambéres, Sevilla debiera ser mas que Ambéres, pero el gobierno de España no es el gobierno de la Bélgica.

Rubens y *Van Dyck* son los dos ídolos de los amberinos. Y bien merecen serlo tan gran maestro y tan gran discípulo. Séame permitida una pequeña pinversion cronológica y vengamos primero al discípulo. *Van Dyck* nace á las artes, *Van Dyck* crece en la pin-

tura, *Van Dyck* llega á inspirar celos á *Rubens*; el maestro ve un rival en el discípulo: ¿de quién se cela mas, del pincel del discípulo, ó de su mujer? No se sabe; pero puede ser bien uno y otro, porque ambos son fogosos amadores de las mujeres y de las artes.

Sin embargo, los rivales se galantean con mutuas finezas; el discípulo regala al maestro un retrato de *Helena Formann* que despues vino á ser su esposa; el maestro regala al discípulo un magnífico caballo blanco árabe que habia recibido del rey de España.

El fuego de la juventud y el ardor del entusiasmo artístico hacen insoportable á *Van Dyck* la vida tranquila y sedentaria, y lleno de esperanzas y de porvenir monta en el caballo blanco y sale á correr aventuras. No tarda en encontrarlas: cerca de Brusélas tropieza con una graciosa aldeana y se enamora de ella: ¿qué le dará el pintor en precio de su cariño? Aun no posee oro ni brillantes; pero en cambio le pinta dos cuadros para la iglesia de su lugar.

En el primero representa á *San Martin* á caballo partiendo la capa con el pobre. Pero *San Martin* es el pintor, es el retrato del amante, y el caballo es su mismo caballo blanco. En el segundo pinta una *Santa Familia*, pero la santa familia es el retrato de su querida aldeana y los de su padre y su madre. Cuando la jóven amante vaya á la iglesia, á no dudar se encomendará muy devotamente á *San Martin* y á la *Santa Familia*. ¿Serán lícitas estas libertades á los pintores? Entrará esto en el «*pictoribus..... quilibet audendi semper fuit æqua potestas?*»

Parte despues *Van Dyck* á la poética Italia; iguala al Ticiano en la naturalidad de las carnes y á Pablo Veronés en la firmeza del colorido: va á Génova, á Roma y á Sicilia; vuelve á Ambéres y pinta el *Cristo entre los dos ladrones*; pasa á Inglaterra: el rey *Cárlos I* le hace caballero de la orden del Baño, y le da una pensión considerable. El pintor llega á adquirir todo lo que parece que pudiera desear, dinero, mesa y tren de príncipe, y una bella amante. ¿Á qué aspira ya el pintor? —¿Á qué aspira? Á lo que aspira todo el que ve satisfechos sus caprichos: á un imposible. *Van Dyck* hace una cueva, compra crisoles, y se mete á alquimista: busca el medio de hacer oro, y no conoce que está desperdiciando en los hornos de su laboratorio arroyos de oro ganados con el pincel. El rey le ve perder su fortuna en experiencias insensatas y su salud en los placeres nocturnos, y le hace casarse con la hija del lord *Ruthwen*. Ya posee una de las jóvenes mas bellas, mas ricas y mas nobles

de la Gran Bretaña. Pero *Van Dyck* no puede disfrutar mucho tiempo de tan loca fortuna: otras locuras han agotado sus fuerzas, y á los seis meses no hay médicos, no hay cuidado exquisito que pueda salvar al artista: *Van Dyck* muere á los 42 años de edad.

Rubens es mas universal todavía: el maestro es mas hombre y mas pintor. *Rubens* se perfecciona tambien en Italia, donde se perfeccionan todos los pintores; pero *Rubens* se conquista luego un estilo propio. Como pintor, es llamado á Paris por *María de Médicis*, y le encarga una galería entera de cuadros para su palacio de Luxemburgo; *Rubens* pinta en 24 cuadros la vida toda de la princesa, que son otros tantos cantos de su historia. Desde entónces todos llaman á *Rubens*, y *Rubens* no sabe á quién responder ni á qué país acudir: todas las cofradías, todas las iglesias, todos los museos, todos los palacios y conventos quieren tener cuadros de *Rubens*; la Inglaterra le llama, la España le pide, la Italia le espera. Todos le ofrecen sumas de oro, pero el oro no seduce á *Rubens* porque *Rubens* gana sin moverse 200 florines por dia. Como hombre de estado, *Rubens* llega á la corte del duque de Mantua, y el duque de Mantua le hace su gentil hombre, y le elige para ser portador de un rico presente á *Felipe III* de España, y el embajador introduce entre los regalos su paleta y sus pinceles. El duque de Buckingham le manifiesta el pesar con que veía la mala inteligencia que reinaba entre las coronas de España y de Inglaterra, y le da la comision de proponer los médios de paz y de presentarse como mediador entre las dos naciones.

Hay genios y talentos que son para todo, y *Rubens* era uno de ellos.

El hábil pintor tambien sabe ser hábil diplomático. Llega á España; préndase *Felipe IV* de su mérito, le hace caballero, y secretario de su Consejo privado, y accede á todas sus proposiciones como negociador. Pasa en seguida á Inglaterra, y *Cárlos I* le hace tambien caballero y en pleno parlamento saca la espada que llevaba ceñida y se la regala al pintor diplomático con el anillo de diamantes de su dedo y con un cordon guarnecido tambien de diamantes. Las buenas relaciones de amistad quedan restablecidas entre las dos coronas, merced á la diestra negociacion del pintor. Vuelve *Rubens* á España, y *Felipe IV* le hace su gentil hombre de Cámara y secretario de su Consejo en los Países Bajos. Los príncipes se honran á sí mismos honrando al artista. Restitúyese á Ambéres y se casa con la hermosa *Helena Formann*. Cargado de honores y de riquezas, distribuye el tiempo entre la pintura y los

negocios de estado. Los soberanos le visitan, personajes de todos países acuden á conocer el hombre distinguido, y él pinta cuadros para todas partes. Yo he visto mas de *mil* cuadros de Rubens: desde que emprendí mi viaje, empecé á ver obras de Rubens: todos los mejores museos, todas las mejores galerías particulares de Francia, de Bélgica, de Holanda y Alemania, las hallé sembradas de flores de su fecundo pincel; y para no perder nunca de vista á Rubens, cuando volví á España y descansé en Valladolid, fui llevado á ver dos magníficos Rubens que entónces existian en la pobre iglesia de las pobres monjas de Fuensaldaña, y ahora recientemente han sido trasladados al museo naciente de aquella ciudad de la Vieja Castilla. ¡En todas partes Rubens!

Nuestro *Mr. Henry* nos llevó á ver la estatua de bronce que los artistas de Ambéres habian hecho construir en Lieja para honrar al príncipe de los pintores flamencos (1). Estaba junto al Escalda, no colocada todavía sobre el pedestal, por no haber alcanzado las cuotas de suscripción, segun el conductor nos informó, á cubrir todas las atenciones del colosal monumento. No es extraño, porque la estatua es de 10 piés, y su peso 70,000 libras, que á razon de 2 francos libra de coste, suman 140,000 francos (360,000 reales); cantidad no menguada para un gremio de artistas.

En el último aniversario secular de la muerte de Rubens, como el de la inauguracion de su estatua, las fuentes corrian vino y cerveza; las calles rebosaban de gentes de todos los países y de todos los idiomas; decoraban sus avenidas arcos triunfales, obeliscos y templetos alegóricos; las fachadas de las casas y edificios públicos estaban adornadas de vistosas colgaduras; las guirnaldas de flores volaban por los aires mezcladas con las odas y los himnos de alabanza; al tiempo que el retumbante estampido del cañon, el bullicioso y armónico juego de los *carillones*, el estallido de los fuegos de artificio, las aclamaciones de la multitud que victoreaba al héroe de la fiesta, el concertado estruendo de las músicas militares, el animado movimiento de las danzas públicas, las comparsas y gremios de artistas y comerciantes, y por último el *gigante Antígono* que con su correspondiente comitiva paseaba la ciudad, embargaban los ánimos de júbilo, y no

(1) Aunque Rubens no nació en Ambéres, sino en Colonia (Prusia), Ambéres le ha adoptado por hijo suyo, porque al fin allí vivió, allí existe su casa y allí descansan sus restos.

habia corazon tan tibio que no exclamara lleno de entusiasmo: «¡ gloria, honor á Rubens! ¡ *Hosanna* al triunfo de las artes! »

Así honra Ambéres á sus genios privilegiados. ¡ Loor á la ciudad de Ambéres que así sabe inmortalizar á sus artistas!

La Bolsa.

Cuando llegámos cerca de la Bolsa, oímos sonar una campana. — ¿Oís? nos dijo el guia: esa es la campana que anuncia haberse abierto la Bolsa; es la una en punto: todo el que éntre despues de este toque está obligado á pagar medio franco. — ¡Cómo! exclamo Tirabeque; ¿ y nosotros tambien si queremos entrar? — No, respondió *Mr. Henry*; eso se entiende con los negociantes ó jugadores bolsistas: y se ha adoptado este medio para obligarlos á no faltar á la hora fija, así como si alguno, dadas las dos, se quedase dentro algunos minutos mas de los que se conceden, pagaria 3 francos. — Qué me place, dijo Pelegrin, esa manera de obligar á la gente á ser puntual; y tengo para mí que sería una de las buenas costumbres que harian bien en llevarse para allá los españoles; porque ha de saber Vd., señor comisionista, que en España para juntarse média docena de hombres á las cuatro, es menester que se den la cita á la una y média, incluso unos que llamámos allí los representantes del pueblo. — ¡Pelegrin, le dije al oído, mira que te vas olvidando de mis advertencias!

En esto llegámos á la Bolsa. El edificio de la Bolsa de Ambéres es de una estructura particular. Es un cuadrángulo, sostenido por 38 columnas de piedra azul, de un gusto extraño, cada una de diferente dibujo, como igualmente cada trozo de la techumbre de sus portales. Aquella variedad, decia Tirabeque, le representaba la de las opiniones políticas de España, que cada uno de los hombres tiene la suya, y ninguna es igual á la del otro. Á la inmediacion se hallan los tres telégrafos que corresponden á los tres de la Bolsa de Brusélas de que hablámos en su lugar, todos ellos por los sistemas de Chappe, de Ferrier y de Vanderrecht.

Lope de Vega.

— ¡Já, já, já! exclamó Tirabeque con alborozo tan luego como nos acercamos al teatro: no todas las glorias han de ser para los extranjeros, mi amo, que algo nos ha de tocar tambien á nosotros. Y lo que ménos importa es que esté mal escrito, que por Z mas ó ménos no deja un español de ser quien es.